

vancia innegable convirtiéndose en punto de referencia esencial. El pensamiento hermenéutico, deconstructivo, y algunos enclaves de la posmodernidad, ciertamente oportunistas y poco «obedientes» con el mensaje más singular del pensamiento heideggeriano, encuentran su foco de irradiación en aquel controvertido hombre de la Selva Negra. Se habla incluso de una izquierda y una derecha heideggerianas, pero ni voy a entrar en esa discusión ideológica, ni el libro que nos ocupa se presta a ello (más aún cuando actualmente ya no se sabe a ciencia cierta qué es eso de la derecha y la izquierda, qué las diferencia).

Sí quiero decir, sin embargo, que el arduo como difícil pensamiento de este filósofo, a veces oscuro —de tanta luz—, se ha hecho en ocasiones aún más inaccesible, más selva y más negro, debido precisamente a la labor de muchos de sus exégetas y epígonos. No vamos a mencionar aquí los casos en los que el alemán de Heidegger se ha vertido al *alemaño*, desoyendo sus advertencias pedagógicas (el aprendizaje en el pensar), produciendo una cantidad de extrañas palabras para las que hubiera bastado —en una lengua como la nuestra, eminentemente intuitiva— una simple metáfora (así no han conseguido otra cosa que calcular lo indecible en vez de indicarlo).

A Hugo Mújica le tenemos que agradecer, precisamente, el haber sido capaz de hacer claro lo oscuro (sin recurrir a virguerías lingüísticas), mostrando una voluntad pedagógica verdaderamente encomiable. *La palabra inicial* es una obra de tan simple estructura y pautado discurso, que puede ser considerada como un espléndido método de iniciación, ora pedagógico ora espiritual (incluso si no estuviera al fondo el referente heideggeriano). Para ello, creo que el autor ha sabido conectar e hilvanar secuencialmente aquel pensar heideggeriano —el conocido, sin total acuerdo entre los expertos, como el segundo Heidegger— donde la meditación alcanza sus cotas más altas y sugerentes. Dicho empeño, expuesto a través de un estilo meticuloso, rico y casi aforístico, tiene la virtud de esclarecer los términos e imágenes (capítulos 1 y 2) más evanescentes de la apertura heideggeriana hacia la mística. Porque el libro nos presenta y nos quiere proponer la lectura de un Heidegger eminentemente místico (la detención en Eckhart y Angelus Sile-

sius —pp. 157-188— es muy significativa al respecto), convencido de que la originariedad radical del poeta es la «actitud» más auténtica y consecuente con el misterio.

La cita de Paul Ricoeur sobre el mito, con la que se inicia la andanza del esfuerzo sintético de Hugo Mújica, es una verdadera declaración de principios, pues el poso mítico sobre el que pende el sentido es la relación básica a partir de la cual el autor «lee» los textos del maestro de Freiburg. Así pues, la tesis es clara: la fuerza del fundamento y su constante vigencia radica en el mito, en la duración que éste da a «algo» que no debe olvidarse porque es la travesía dinámica, activa, capaz de hacer posible la existencia. De este modo, el mito resulta del esfuerzo para que todo tenga un orden, se lo descubra. La certidumbre de que lo visto siga viéndose. Lo necesario. Establece la ley prístina, no escrita, frente al resto de «costumbres» parciales, que sólo pueden ser asumidas en el interior de un espacio más amplio. Se trata del referente principal de todas las referencias: el mito de «lo Sagrado». Eso desconocido, vivo al otro lado; en el descenso a la banalidad del «yo» y su voluntad, pero que el mito trata de buscar, de hacerlo búsqueda. Olvido del «ego», que es la pedagogía enarbola da por el autor del libro. Justo la experiencia de nuestra ignorancia (*ir a Dios sin Dios*), el mito reconoce que el ser no es nuestro sino gratuidad, gracia (aunque a veces digamos ¡maldita la gracia!). Por ello, la obra nos sugiere bien a las claras que lo mítico es el anuncio de una tarea abierta, dispuesta constantemente a dar un rumbo a lo que no lo tiene, esto es, hacer del hombre el oficio de un arriesgado cartógrafo. Pienso que éste ha sido el reto asumido por Mújica, la carta que sigue el libro en su navegación espiritual.

El recorrido iniciático se desenvuelve —en una síntesis acertada del «Giro» heideggeriano— en cuatro etapas: Umbral, Salto, Abismo y Celebración. En Umbral accedemos a la exposición de los puntos cardinales del pensar de Heidegger, ahí se acotan y explican sin esoterismos la significación de términos difíciles con una agilidad y soltura realmente logradas. También trata de forma precisa la íntima y comprometida relación de su obra con el mito y la poesía (el Heidegger más lanzado a las inspiraciones presocráticas). Salto y Abismo es la explicitación contundente de la cercanía entre ambos.

Por último, Celebración acoge sus nupcias dando lugar al nuevo horizonte que se despliega en el regazo de su re-uni6n: *el espacio ontol6gico donde el poeta puede darle [al ser] voz.*

En palabras de Mújica, la metáfora que podría resumir el intento del libro, y el sendero de Heidegger, es ésta: *pedagogía de la pasividad.* Cualquiera que se haya acercado con cierto interés al pensamiento del discípulo aventajado de Husserl, entenderá el alcance y el hondo calado de esta expresi6n (en ella resuenan nombres como los de Parménides, Eckhart, Silesius, San Juan, Hölderlin o los más expresionistas como Stefan George, R.M. Rilke y Georg Trakl). Pedagogía inspirada en el Poeta, no en cualquier poeta sino en aquel cuya actitud es *Lichtung*, alma abierta al abismo del misterio, el desocultarse de lo oculto en tanto que reconocimiento, es decir, ni esto ni aquello, los entes, las cosas, sino su fondo inescrutable. Límite contra el que declina la voluntad de poder y, por tanto, su cálculo implícito. Hugo Mújica ha sabido ver, a mi parecer, esa relaci6n esencial entre disposici6n poética hacia el misterio, siendo capaz de expresar aquellas ideas heideggerianas de difícil ingestión. Así ocurre con la metáfora del «olvido del ser», uno de los retos más sesudos para los intérpretes (en cuanto a su verdadero alcance), que el autor ejemplifica y acota con esta sencillez: *El ser, es cierto, se manifestaba ocultándose pero su ocultarse era asombro y no olvido: era su misterio, no su vacío* (p. 19). Se trata claramente de la diferencia entre lo dado y el olvido de esa donaci6n para el acontecimiento de la voluntad, cuya última experiencia reside en la abolición del desasimiento.

A partir de este punto, el libro se centra básicamente en la cuesti6n del lenguaje. Y aquí observamos cómo se prodiga nuestro autor en su glosa al seguidor de Hölderlin¹. El elemento pedagógico que interesa a Mújica destaca de forma obvia, o así lo manifiesta al menos su interés, no apartándose en ningún momento de las indicaciones de Heidegger.

La figura del poeta cobra una fuerza monumental y arquetípica (el místico de la *poiesis*). Es el «maestro» por excelencia, para chasco de Platón. El desapegado que triunfa sobre la finitud celebrándola, no doliéndose (himno frente a elegía, juego frente a angustia, extroversi6n frente a introversi6n). Un decir, el suyo, sostenido

por la gratuidad pura (fuente de inspiraci6n de los pasajes más densos del libro), en tanto que «habla» ejemplar y testimonial del asombro y el misterio. Desde esta instancia toda obra original es desvelamiento, nunca violaci6n, no querer decir, sino dejar hablar, aparecer, volver al cauce donde el hombre abraza su tarea. Nuevo inicio que despliega el poeta transformando al «fue» en «sido», lo latente en sordina que se hace eterna. Por ello, el poeta es el que despliega constantemente la posibilidad de lo nuevo, un tiempo nuevo y su presencia. En consecuencia, Mújica propone a un Heidegger no sólo impulsor del mito sino de su sentido más profundo: la vuelta a lo Sagrado, a su aparecer y, con ello, la permanencia.

Este hombre nunca dice lo que quiere sino lo que puede. Pero, entonces, el poeta es siempre el mismo, el singular de los singulares, carece de nombre propio, de firma, pues ésta vendría a ser como las diferentes épocas de Lo Mismo. Un heraldo de lo que nunca es suyo, Bautista de la eternidad abierta del misterio. Ésta es, pensamos, la lectura que se desprende de la exposici6n de Mújica. Cada poeta que oye, que es puro oído, afirma una perenne comunidad esforzada por re-instalar al lenguaje en su tarea prístina. Libros y bibliotecas, expansi6n y límite a la vez de una única y elemental Alejandría esotérica. Monumento del recuerdo/celebraci6n como símbolo abierto, contemplado desde la recepci6n. Poetas referentes, y oferentes, advirtiéndonos del «momento único».

Necesitaríamos más espacio para precisar la actualidad y el alcance de esta obra de Hugo Mújica. Sin embargo, sólo nos hemos detenido en lo esencial, en las oportunidades que proporciona al neófito como al especialista. Una obra que deberían leer algunos poetas para conocer, siquiera remotamente, la distancia que media entre lo que hoy se llama poesía y antes se llamaba *poiesis*. Creaci6n y creatura.

José Ord6ñez García

¹ En este sentido echo de menos alguna referencia crítica a la lectura heideggeriana de Hölderlin, por ejemplo la realizada por Paul de Man en «Heidegger y las exégesis de Hölderlin». Artículo aparecido originariamente en francés (Critique, 11, París 1955, pp. 800-819) y traducido posteriormente al español en una obra más extensa (Visi6n y ceguera. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1ª edic. en español Puerto Rico 1991)

Dos relatos sobre Eva Perón*

No me lloren, crezcan
(mensaje de Carlos Gardel a los argentinos, desde un grafito en una pared de Buenos Aires)¹

Eva Perón ha retornado una vez más, como pasa siempre con los héroes. No sólo la industria cinematográfica, sino también la literatura la ha recobrado. No sin problemas se rueda hoy en la Argentina la versión de la famosa ópera que retratará a la segunda esposa del general Perón. Una parlamentaria peronista quiere declarar personas no gratas a los integrantes del equipo de filmación y varios grupos de ese partido fueron a recibir a la protagonista al aeropuerto de Buenos Aires para hacerle saber sus argumentos contrarios a la película. Hasta el presidente de la República se ha pronunciado contra el filme y ha ordenado producir otra película, argentina sí, que reproduzca la-auténtica-verdad-de-los-hechos.

Pero lo que nos ocupa aquí es el retorno en su faz literaria. Dos trabajos de ficción, *La pasión según Eva*, de Abel Posse, y *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez, han visto la luz en 1995, lo mismo que una biografía escrita por Alicia Dujovne Ortiz.

¿Cómo se habla de Eva Perón en la Argentina a más de cuarenta años de su muerte? No se trata aquí de relevar la valoración que de nuestro personaje se realiza, sino más bien de palpar el tono, el modo de decir con el que se lo aborda.

Posse se centra en la vida de Eva Perón, reconstruida a partir de pequeñas escenas que el autor nos trae en boca de distintos protagonistas (amigos, familiares, políticos y la propia Eva Perón. Por sí misma, y tam-

bién debido a la distancia que establece respecto del personaje, esa variedad de voces parece *a priori* un recurso formal capaz de generar un tono laico. Esa expectativa permite al autor denominar a su trabajo «novela coral». Pero el coro se compone de diversos registros de voz y la novela de Posse es un monólogo a varias voces. En este sentido, el relato realiza las intenciones del autor cuando afirma buscar «las más variadas versiones sobre Eva Perón. De los muchos que la admiraron y de los pocos que la odiaron»². En efecto, si el interés del autor es mostrar a una Eva Perón indiscutida salvo por unos pocos, lo logra de largo. Ahora bien, si el panorama de las opiniones sobre nuestro personaje fue realmente tal, no se entiende qué necesidad habría de reflexionar sobre Eva Perón «por encima de los mezquinos odios o sometimientos que suele despertar la política»³. ¿Qué odios? Los de unos pocos, los de la política. En fin, los de la oligarquía vacuna... Ajá.

El libro de Posse se planta en el mito como si de la elección de un género literario se tratara. Es detallista: no priva al lector de ninguno de los tópicos con los que la izquierda peronista se reinventó en los años sesenta-setenta a Eva Perón. La única variación, eso sí, resulta toda una concesión por parte del autor a los tiempos democráticos en que vive la Argentina. En efecto, ya no se trata de hacer de Eva Perón una figura nacional por medio de la exclusión de los opositores del colectivo de los argentinos, como hizo el peronismo en la época de Eva Perón. Ahora el paso del tiempo es el que debe operar sobre nuestra protagonista como dulcificación de aquella enconada disputa en torno a su figura, a fin de atribuir tal pugna a míseros intereses partidarios y no a una división de valores en la sociedad civil acerca del modo de ejercer el poder y de hacer política del peronismo. El efecto de la operación permanece intacto: si nos despojamos de las innecesarias gafas políticas, la unanimidad en torno al personaje surge por sí misma.

* Martínez, Tomás Eloy: *Santa Evita*, Buenos Aires, Planeta, 1995 (hay edición española: Barcelona, Seix Barral, 1995). Posse, Abel: *La pasión según Eva*, Planeta, Barcelona, 1995.

¹ Claudia Kozak, Floyd Itsvan y Gustavo Bombini: *Las paredes limpias no dicen nada*, Buenos Aires, Libros del Quirquincho.

² *La pasión según Eva*, Buenos Aires, 1995; p. 349. *La cursiva me pertenece* (J.F.).

³ Idem.